

## REVISTA DE TEATROS.

### DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUMERO 191.

MADRID 18 DE JULIO DE 1843.

Segunda serie.



LA DIRIGI MI LENTE.....

#### ADVERTENCIA.

A los suscritores al Nuevo Avisador desde hoy hasta la conclusion de las actuales circunstancias se les dará el Diario, que por la escasez de anuncios no pueden llenarse los dos periódicos, por consiguiente, saldrán estos en medio pliego cada uno, y los avisos que ocurran se insertarán á precios convencionales.

#### EL JUDIO ERRANTE.

No hablemos del Judio errante: ciertamente es desagradable para este pobre viagero el ver que sus sandalias se hacen pedazos por el roce de todos los caminos públicos del universo; el no poderse detener á la entrada de una pastelería, cuyo olor consuela el alma y las narices; ni en ciudades, ni en jardines, ni en bodas, ni en entierros; el pasar de largo á guisa de huracan por el centro de las plazas llenas de pueblos que piden derechos que nunca han de comprender, y por los bosques solitarios, mansiones del tigre y de la pantera, dos ciudadanos que comprenden perfectamente los derechos que les ha concedido la naturaleza.

Todo esto es malísimo, porque es al fin un caminar eterno, y todo lo eterno fatiga á los míseros mortales; pero tiene su compensacion, que estriba en una circunstancia poco apreciada por el hombre observador.

Me refiero al real que el viandante *Ahasvero*

encontraba á todas horas en su bolsillo. Y hé aqui de paso una cosa eterna que nunca nos fatigaria, si tuviésemos la fortuna de poseerla.... ¡Un real siempre sobrante!

La cantidad en sí misma no merece la pena de mojar la pluma para considerarla como importante, aritméticamente hablando, pero indefinidamente reproducida equivale á un capital inagotable; es el grano de maiz que el inventor del juego de ajedrez (un sabio Dervich, si no estoy equivocado) obtuvo de cierto sultan con el permiso de multiplicarlo tantas veces como casillas contenia su tablero. Al fin de la cuenta se encontró que todos los graneros del estado no bastaban para dejar bien puesto el honor del mouarca, comprometido sin saberlo en una espantosa progresion logaritmica. De aquí se deduce que los presupuestos mas enormes del mundo, el de Francia y el de Inglaterra, entrarian con la mayor facilidad en las alforjas del Judio errante, poseedor del eterno real, si los gastos de esta personificacion del movimiento continuo se pagasen en bonos del tesoro, ó en *Exchequer Bills*.

Ademas de esto, puedo jurar en conciencia; que en mas de una ocasion he conocido por mi mismo que el tener ó no tener un real es una cuestion tan importante como la de *To be or not to be* del melancólico *Hamlet*.

Pero sea de esto lo que quiera, voy á referir una aventura que ha fijado mi suerte, por un real.

Tenia yo doce años, y con esto ya se supone que iba á la escuela; mis padres al menos así lo creian. Un dia, no me acuerdo si fué al salir ó al entrar en clase, oí tocar el órgano en una iglesia, y sus sonidos me atrajeron de tal modo, que maquinalmente me arrastraron hasta cerca del altar mayor. Poco despues llegaron á arrodillarse junto á mí dos mu-

geres; la una tendria treinta y cinco años; la otra era tan jóven como yo. Miráronme las dos con alguna atencion, y sin duda hube de portarme en tal prueba como un verdadero colegial.... Sí; sin duda fijé los ojos en el suelo y mi cara se puso como un tomate maduro. Conservo sin embargo el recuerdo de que poco despues levanté la vista con aire de triunfo y que durante toda la misa no aparté mis miradas del rostro de una de aquellas mugeres: me parece escusado decir cuál de ellas me robaba la atencion.

En esto se le cayó á la madre el devocionario y me apresuré á recogerlo: la jóven tambien se apresuró, y nuestras manos se encontraron encima de la pasta del libro. Me pareció que habia tocado un ascua ardiendo y bañó toda mi existencia materia, un sudor eléctrico: ella retiró la mano y yo entregué el devocionario á la mamá, la cual sacó de su bolso una moneda de plata y me la dió diciéndome: — *Toma, querido, para comprar cerezas.* »

¡Para comprar cerezas! Desapareció el encanto y salí de la iglesia precipitadamente. Ah! Aquella madre, que no comprendia lo que pasaba en mi corazon me recordaba mi edad con tan terribles palabras.

—Pues no compraré cerezas, dije despechado porque me parece que hoy empiezo á ser algo en el mundo; guardaré este real y cuando tenga veinte años me presentaré con él á esa muger que me llama niño, porque ella es vieja.

Cuando salieron de la iglesia me paseaba yo por el átrio haciendo de persona; pasaron inmediatas mí, y el orgullo de muchacho me inspiró una necesidad: llevaba un clavel en el boton de la chaqueta se lo ofrecí con mucha gravedad á la jóven: esta me ró á su madre, quien la dijo sonriéndose:

—Vamos, tómalo Julia.



Entonces respondí yo á la madre en señándola el real:

— Ya verá Vd. cómo no compro cerezas con él. Y diciendo y haciendo eché á correr por la primera calle que se ofreció á mi vista.

Habia adelantado algo: sabia por eje mpleada aquella hermosa jóven se llamaba Julia y... nque mas. A no haber echado á correr, hubiera averiguado su casa y... pero ¿quién trata de hacer las cosas al derecho cuando tiene doce años? Esto se queda para los seductores libertinos de treinta y cuarenta.

Pasaron ocho: yo habia navegado por el proceloso mar de la vida, como dicen los poetas, con próspera y con adversa fortuna, pero siempre con mi real: este me sobraba siempre, porque me habia empeñado en no gastarlo, aun cuando no tuviera otro para comprar cigarros, vicio que nos hace empeñar hasta la camisa. Volví despues de mil mercances á la ciudad de V... hecho lo que se llama un hombre, y un recuerdo en el corazón. En los paseos, en el teatro, en la iglesia, examinaba á todas las jóvenes que llevaban un clavel en la mano.... Tan necio era yo á los veinte como á los doce.... En mi delirio, un clavel debía durar tanto como un real.... acabemos.

Erame insoportable aquella fiebre... si se nombraba delante de mí á Julia, me estremecía, porque no podia haber dos Julias en el mundo. Estaba en Zaragoza leí este nombre en un periódico: asiase en él que la muger que le llevaba habia estado en un convento desde muy jóven obligada por sus padres, y que se habia secularizado en Sevilla. No fue menester mas; corri á Sevilla, y tuve gusto de ser presentado á la ex-religiosa.... Era la Julia de sesenta años, que nada tenia que ver con la mia....

Trascurrieron diez y seis años mas..... y hoy tengo treinta y siete.... Hace uno que por fin encontré á Julia.... se apeaba de un coche.... á su lado quedé estático de placer... La dirigí mi lente á reparar en dos hombres que habian salido del coche antes que ella, los cuales debian reirse del ridículo que representaba, y ya iba á esclamar:

— «Julia mia!... Cuando uno de aquellos hombres la dijo:

— «Cuidade, Teresita, que ha llovido; no vayas desbalando.

— «Teresita! exclamé yo separándome de allí con precipitacion.

¿Cuándo encontraré á Julia? ¿Cuándo podré prestarle el real de su madre? ¿Se habrá marchitado el clavel que recibí de mis manos?

No lo sé. Pero héme aquí, Judío errante, sin hogar, sin esperanza de tranquilidad ni de ventura, sobriandome siempre un real en medio de mis dolencias y padecimientos. Mis años se han secado en ilusiones que se han desvanecido; y un miserable real ha durado mas que todo esto....

ABEN-ZAIDE.

### ANTIGUA CAUSA CRIMINAL

DE

### LESURQUES.

(Continuacion.)

Despues de la ejecucion, dice el juez de paz, en la memoria manuscrita que hemos visto, M. de Grandpré, cura de Versailles, que fué á Rossi en sus últimos momentos certificador señor Presidente que estaba autorizado por el notario á declarar que habia sido condenado á muerte. «Mas adelante continuó M. Daubenton el mismo M. Grandpré ha depositado en poder de M. Destruemeau, notario de Versailles, una racion escrita y firmada por Beroldi (a) Rossi, que no debia publicarse sino seis meses despues de su muerte. Hé aqui á la letra el tenor de este documento que se conserva autógrafo. De que el nombrado Lesurques es inocente, esta declaracion que hago á mi confesor no me obliga á usar de ella ante la justicia sino seis meses despues de mi muerte.»

Si terminó este largo drama judicial tan feo en peripecias diversas. Ferrari, llamado Rosmorir en el cadalso completó el número de los sentenciados por la ley como autores y cómplices del asesinato del correo de Lyon; Riademas condenado á veinte y cuatro años de prision, espí en los presidios el crimen de haber aceptado parte de los objetos robados, de

haber dado asilo á Couriol, y de haber preparado y facilitado su fuga.

Sin embargo, estaba muy comprobado de la manera mas evidente que no eran mas que cinco los salteadores. El que con el supuesto nombre de Laborde tomó asiento al lado del correo, y los cuatro viajeros que iban montados en los caballos alquilados por Bernard, que comieron en Mongeron, tomaron café y jugaron al billar en Lieursain.

La vida de Lesurques y su familia, animados por esta circunstancia que parecia decisiva, apoyándose ademas en las declaraciones de Couriol y Douchat, de la confesion de Rossi y de Vidal, y de la retractacion de los testigos del proceso de Dubosq, elevaron sus súplicas para obtener la revision del proceso en lo concerniente á Lesurques, y conseguir su rehabilitacion, si en efecto habia sido victima de un deplorable error judicial.

El ciudadano Daubenton, que fué el que dispuso el arresto de Lesurques, y dirigió los primeros pasos de la instructiva, movido por la reunion de circunstancias tan favorables á la peticion de la familia del condenado, circunstancias que han sido reproducidas sucesivamente en los procesos de Douchat, Vidal, Dubosq y de Ferrari, resolvió continuar en la investigacion de la verdad por su cuenta y riesgo y con una perseverancia incesante. Dedicó á este noble fin los últimos años de su vida, y una buena parte de su fortuna. Su conviccion al fin era que Lesurques habia perecido inocente, y consiguió los resultados de la informacion, de esta especie de instructiva póstuma á que se dedicó, en un estenso escrito que dirigió al jefe superior, ministro de justicia; del cual la falta de espacio no nos permite reproducir mas que las primeras y últimas líneas.

«El error, dice M. Daubenton, que podria haber dado lugar á la condena de Lesurques, no provenia ni de los jurados ni de los jueces. Los primeros convencidos por las declaraciones de los testigos, manifestaron jurídicamente su conviccion; los segundos, despues del dictamen de los jurados, pronunciaron con arreglo á la ley.

«El error de la condena de Lesurques no provenia sino de una equivocacion de los testigos; no provenia sino de la fatalidad de la semejanza de Lesurques con uno de los culpados que aun no estaba preso. En aquel estado no podia sospecharse la causa del error en que habian incurrido los testigos.

«Couriol en sus declaraciones no indicaba medio alguno de conviccion contra los que él nombraba; no indicaba la mas leve señal que hiciese presumir el error de que vagamente se decia ser victima Lesurques. Solo el tiempo podia probarlo, nada se prestaba á fijar la época en que podrian venir estas pruebas.

Las declaraciones de Couriol desnudas de todo otro aditamento del hecho espantoso que anunciaba, no tenian bastante peso para quebrantar la ley ó suspender su ejecucion. El cuerpo legislativo se creyó impelido á abandonar á Lesurques á su propia desgracia....»

Daubenton al concluir su memoria declaraba que en su conviccion los hechos que habia aglomerado y los que habia presenciado debian ser suficientes para estimular al gobierno á disponer la revision del proceso de Lesurques. «Los Calas y los Sirven, decia él, y todos las demas, en cuyo favor la justicia de nuestros monarcas han dispuesto semejantes revisiones, jamas han tenido en su apoyo tan convincentes pruebas de su inocencia.»

Pero este derecho de revision que se invocaba apoyándose en la presuncion de la inocencia de Lesurques, ya no existia en nuestros códigos; y el legislador que quiso que fuese inviolable el pronunciamiento del Jury, debia temer que se quebrantase la fe de la sociedad en aquella institucion, entonces naciente, si se la hiciese aparecer como eminentemente sujeta al error.

(Continuará.)

### UNA HERMOSA Y UNA FLOR.

POESÍA DEDICADA Á L. V.

¿Por qué te marchitaste, flor querida, porque emblema de llanto y amargura doblas la frente lánguida dormida, bajo el peso insufrible del dolor...? ¿Quién robó tus aromas delicados, quién de tus hojas los matices bellos, quién tus pétalos frescos, encantados agostó con su aliento abrasados...? Ayer rica en fragancia y lozania en las nevadas manos de una hermosa,

ondulabas con gracia y ufania... el orbe todo te envidiaba ayer... Y la beldad sublime, seductora con sus labios divinos te besaba, vertiendo en tu carola encantadora mares de miel, de amor y de placer. desventurada flor! hoy sola, mustia sobre mi corazón vas espirando, y se aumenta tu angustia, con mi angustia y te destroza el fuego que arde en mí... Desventurada flor! cuanto padeces!! te envidiaban ayer hasta los ángeles, y hoy que entre nieblas lóbregas pereces, nadie, cual yo, del suelo, piensa en tí.

Todos ya te olvidaron... insensatos, no saben cuanto vales, flor perdida; no saben que te adoro los ingratos; porque tienen helado el corazón... No saben que se encuentra la ventura en los bellos delirios de la mente, no saben que se goza en la tristura, no sienten el volcan de una pasion.

Serafin de consuelo, flor amada, aunque vas á morir, tu suerte envidio, que tu fuiste feliz, acariciada por una maravilla de virtud... Por la reina sin par de las hermosas, prodigio de las gracias y atractivos, la beldad de las risas cariñosas, que lleva en su mirar de amor la luz.

Yo admiré con asombro sus hechizos yo los rayos del genio bien su frente, embellecida por graciosos rizos que exalaban fragancia de azahar... Yo escuché sus acentos melodiosos, yo admiré su garganta alabastrina, envidia de los cisnes candorosos, que la ensalzan, por blanca, sobre el mar.

Que delicia gocé cuando la oí!... su dulcísima voz me enagenaba... su mirada no mas me enloquecia, me hechizaba su mágico poder. Es tan linda su faz... tan amorosa... sus ojos se fijaron en los míos, y me abrasé en su lumbre esplendorosa, bendiciendo mi ardor, mi padecer.

Siempre, siempre su imagen su hermosura vive dentro mi pecho enamorado.... mas que blanco lucero en noche oscura, resalta su argenteo resplandor, Yo gozo con su cándido destello iris de mis ensueños de mi gloria, que todo cuanto espero alumbra bello cual astro de la dicha precursor.

Maga de los espacios zafirinos, idolatrada flor, perla eclipsada, que bebiste perfumes peregrino, en la angélica boca de mi bien. Ries ante la muerte desastrosa, porque ya mi embeleso no te mima... yo sueño con su imagen primorosa, tu vuelas á esperarla en el edem.

Ah! quien la viera en él, mágica erguida diadema de flores y de estrellas, entre celages fúlgidos mecida, al eco de suavísimo cantar... Ah! quién pudiera oír á los querubines admirar á la jada que yo adoro, quién pudiera subir hasta las nubes, su belleza y su genio á celebrar?... Yo la ví, yo la ví, blanca, hechicera,

tesoro de la dicha que codicio.... yo elevaré mis trovas á la esfera en alas de sublime inspiracion, Yo pediré sus auras á los montes, sus flores al pensil, al mar sus perlas, sus luces á los verdes horizontes, y será digna de ella mi cancion.

Yo ceñiré sus sienes divinales con guirnalda de lirios y claveles, con coronas de plata y de corales, y despues de cantarla lloraré. Si, lloraré por tí flor amarilla, viendo seco tu cáliz en mi pecho, y de un arroyo en la fragante orilla cuando vaya á morir te dejaré.

Entonces, ¡ay! la reina de mi alma, la que te dió en la vida el paraíso, de los placeres en la muelle calma loca en su edem, olvidará á los dos. Y solo, solo quedará en el mundo de mi ardorizo amor, y tus matices, el cántico de un bardo, moribundo que á su prenda adorada dice *adiós!*.....

JOSÉ MANÍJA DE ALBUERNE.